

INTERNACIONAL



El presidente francés, Emmanuel Macron, despide a su homólogo de Costa de Marfil, Alassane Ouattara, ayer en el Eliseo. / REUTERS

Macron flexibiliza el despido y la contratación en su reforma clave

MARC BASSETS. París
Emmanuel Macron dio ayer el primer paso en su esfuerzo por "liberar las energías" de Francia y "renovar profundamente" su modelo social. El Gobierno francés presentó una

reforma laboral que flexibilizará la contratación y el despido con el objetivo de atraer inversiones y reducir un desempleo crónico. La reforma pondrá a prueba la capacidad del presidente para imponer su programa. Tam-

bién servirá para medir el descontento de la calle. El Consejo de Ministros aprobará los cinco textos de la reforma antes del final de septiembre y en las semanas siguientes el Parlamento los deberá ratificar.

Macron ganó las presidenciales de mayo con la promesa de reformar el mercado laboral. Un mes después, su partido, La República en Marcha, obtuvo una mayoría amplia en las legislativas que le da manos libres para gobernar. Tras un verano de conversaciones con sindicatos y patronal, y con el presidente a la baja en los sondeos, llega el momento de la verdad: la hora de la reforma, palabra fetiche en un país que, como decía el filósofo Raymond Aron, "de vez en cuando hace una revolución pero nunca reformas". Quizá por eso Macron dijo hace unos días que "los franceses odian las reformas", y tituló su libro programático *Revolución*.

La reforma fija un techo para las indemnizaciones por despido impropio, que hasta ahora se decidían, con amplia discrecionalidad, en el organismo de arbitraje laboral. Un baremo establece la correspondencia entre los años trabajados y los meses de salario a percibir. Para una persona que haya trabajado hasta 10 años y haya sido despedida de forma impropia, la indemnización máxima corresponde aproximadamente a un mes de salario por año trabajado. Entre los 10 y los 30 años, el cómputo de la indemnización será de mes y medio de salario por año trabajado, con un tope de veinte mensualidades.

El cambio animará a los empresarios a contratar, según el Gobierno. Se trata de romper un sistema que, según explicaba Macron en una entrevista en *Le Point*, "protege muy bien a los insiders [los que están en el sistema], a los que se benefician de un contrato estable, pero al precio de la exclusión completa de los otros, los más jóvenes, los menos cualificados".

Como contrapartida, las indemnizaciones por despidos le-

gales —es decir, no impropios— aumentan un 25%.

La reforma da margen a patrones y trabajadores para negociar acuerdos en el ámbito de las empresas en cuestiones como el tiempo de trabajo o la remuneración. La idea es descentralizar, acercar al terreno las negociaciones laborales y permitir la adaptación a los vaivenes coyunturales.

Francia facilitará a los inversores extranjeros los despidos cuando estos pasen por dificultades

económicas, una medida destinada a atraer a las empresas multinacionales. Hasta ahora, las autoridades francesas debían tener en cuenta la situación de la empresa en todos los países donde opera; ahora bastará con que las cosas le vayan mal en Francia.

Otra medida clave es la fusión en una sola de las múltiples instancias en las que hoy están representados los trabajadores de una empresa, y la posibilidad de negociar en las empresas de menos de

Una propuesta en línea con la española, pero algo más dura

La lógica de la reforma laboral francesa se parece bastante a la que se aprobó en España hace cinco años. También a la seguida en buena parte de las reformas en casi toda Europa desde hace décadas.

Una de las líneas maestras del Gobierno de Mariano Rajoy consistía en descentralizar la negociación colectiva: reducir la jerarquía de los convenios sectoriales y darle más peso a los firmados en las empresas. Lo mismo se aprecia en el trazo conocido

de los planes de Emmanuel Macron, que incluso parece ir más allá en las empresas de menos de 50 trabajadores al abrir la puerta a las relaciones laborales desindicalizadas en este tipo de compañías.

Esto en la práctica supone dar más peso a los empresarios. Los sindicatos tienen más afiliación y están más estructurados en grandes corporaciones y en las organizaciones sectoriales. Al descentralizar la negociación, las posibilidades del empresario

de adaptar su situación a la coyuntura crecen, porque la capacidad de resistencia de los empleados baja por su menor nivel de organización.

La reforma francesa también reduce los costes del despido impropio, aunque incrementa las de los procedentes. En España lo que hizo el Ejecutivo del PP fue rebajar la indemnización de las rescisiones sin justificar de 45 días por año trabajado con un límite de 42 mensualidades a 33 días por año con un tope de 24 meses. Lo que no hace Francia, porque ya lo había hecho antes que en España, es eliminar la autorización de la Administración para los despidos colectivos. / M. V. G.

50 trabajadores sin pasar por los sindicatos y esquivando los acuerdos sectoriales.

"Nuestro objetivo es simple: favorecer la creación de empleo aportando mucha más seguridad y visibilidad a los jefes de empresa en la decisión de contratar, y más garantías a los asalariados", dijo el primer ministro Édouard Philippe al presentar las propuestas. Para Pierre Gattaz, el jefe del Medef, la patronal francesa, el proyecto puede "hacer volver la confianza y hacer volver, a fin de cuentas, el empleo".

La visión sindical

Con sus 3.334 páginas y cubiertas rojas, el Código Laboral, que desde 1910 integra las leyes que regulan el mercado de trabajo, es una especie de biblia civil del modelo social. Cualquier modificación sustancial es arriesgada. "Se han confirmado todos nuestros temores. Esto es el fin del contrato laboral", dijo Philippe Martínez, jefe del sindicato CGT.

Por separado, las propuestas son técnicas, y es discutible que la reforma en su conjunto vaya a ser el electroshock neoliberal que denuncian algunos de sus críticos. Pero, en su conjunto, representa el inicio de un giro de Francia, uno de los países con leyes laborales más rígidas en el mundo desarrollado, hacia los principios de la llamada flexiseguridad, la combinación de flexibilidad para las empresas y seguridad para los trabajadores. La flexiseguridad aplicada en Escandinavia en los años noventa, la tercera vía de Tony Blair, o la Agenda 2010 de Gerhard Schröder en Alemania, están más cerca del modelo de Macron que de las recetas de Margaret Thatcher en Reino Unido.

No se entiende el alicance de la reforma laboral sin tener en cuenta que es el primer capítulo de una serie de reformas, que incluirán el seguro de desempleo y la formación profesional.

Con una tasa de paro en Francia del 9,5% y un nivel de déficit que lleva una década vulnerando las normas europeas, Macron cree que es urgente poner en marcha las reformas para recobrar la credibilidad ante los socios de la UE, en particular Alemania.

Por ahora, la oposición a la receta laboral de Macron parece menor a la que afrontó la última reforma, bajo el presidente François Hollande. El 12 de septiembre, la CGT participará en una "jornada de acción y huelga", y el 23 de septiembre será el partido de izquierda La Francia Insatisfecha, el que se manifestará. Su líder, Jean-Luc Mélenchon, califica la reforma de "golpe de estado social". Pero es llamativo que ni CFDT ni Fuerza Obrera —los principales sindicatos, junto con la CGT— vayan a sumarse a la protesta. No se antoja fácil paralizar un país con cuestiones aparentemente técnicas como el baremo de las indemnizaciones.

El 22 de septiembre las ordenanzas —una vía exprés legislativa que elude el proceso de enmiendas parlamentarias— se adoptarán en el Consejo de Ministros, y unos días después entrarán en vigor. Requerirán el voto posterior del Parlamento, donde Macron dispone de una mayoría cómoda, para convertirse en ley.